



## *EL TESTIMONIO DEL LAICO EN EL MUNDO*

---

2ª Ponencia del XV EFCSM 2021

**Carlos Aldana**

Laico, padre y abuelo, médico.

© 2021. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## ESQUEMA DEL LIBRO “ESTADO DE VIDA DEL CRISTIANO”, DE HUvB

### 1. ANTECEDENTES

- A) El llamado al Amor
- B) Del Estado original al Estado final

### 2. ESTADOS DE VIDA CRISTIANA

- A) Primera división
- B) Estado cristiano de vida
- C) Segunda división:
  - El estado sacerdotal
  - El sacerdocio y el estado de los consejos
  - El estado de laico en el mundo
  - Estados de vida y ordenes seculares. \*\*Tema que se va a tratar
  - El estado evangélico.sacerdocio.laicos

### 3.LA LLAMADA

- A) Naturaleza
- B) Actualidad histórica de la llamada

Empieza este capítulo por señalar que la Iglesia no existe para sí misma, sino como cuerpo y esposa de Cristo, participa en su misión redentora del mundo. La Iglesia entera está comprometida en esta tarea. Sería erróneo pensar que esta tarea compete a un estado de vida en particular. La Iglesia es misionera porque el Hijo es totalmente la *missio* del Padre. Dentro de esta misión de la Iglesia entera, ciertas tareas y disposiciones recaen más sobre algún estado de vida en particular. Necesariamente esto involucra una inevitable comunicación e intercambio entre la Iglesia y el mundo fuera de ella. (Ósmosis Iglesia-mundo/mundo-Iglesia).

Esta ósmosis se da en dos movimientos opuestos pero que representan dos caras de una misma moneda. P. Balthasar aplica aquí dos términos de fisiología cardíaca: *sístole* y *diástole*.

*Sístole* se entendería como la asimilación progresiva y transformadora del mundo al campo de la Iglesia (la Iglesia consciente de su propia naturaleza). Mientras que la *diástole* sería la auto-trascendencia constantemente recurrente de la Iglesia hacia el mundo fuera de ella. Ambos movimientos son necesarios: lo que se va asimilando del mundo a la Iglesia debe pasar inmediatamente a la misión del campo interno al exterior. Aquí P. Balthasar alude a la tentación secularista siempre presente. La Iglesia no tendría nada que aportar al mundo, si se dedicara únicamente a las necesidades del mundo exterior. La Iglesia debe ser verdaderamente ella misma en el primer movimiento, si es que en el segundo movimiento, ella proclama y se da como ella es al mundo de afuera. Los apóstoles son llamados por el Señor como “luz del mundo” (Mt 5,14), sin embargo, no se puede dar luz sin una luminaria. No se puede dar lo que no se tiene.

Es un requisito esencial para una fructífera permeación del mundo por la Iglesia, reconocer una premisa fundamental: la diferencia sustancial entre la Iglesia y el mundo (de otra forma se puede ver como una institución humana o una ONG). Como dice P. De Lubac, “la misión primaria, esencial e irremplazable de la Iglesia de Cristo es recordarnos constantemente a tiempo y a destiempo nuestra vocación divina sobrenatural, y comunicarnos a través de su ministerio sagrado la semilla, aunque frágil y escondida, pero sin embargo real y viva, de nuestra vida divina”<sup>1</sup>. Esto

---

<sup>1</sup> HENRI DE LUBAC, *Pequeña catequesis sobre naturaleza y gracia*, Fundación Maior, 2014, 76.

significa que cuanto más radical sea la *sístole*, entendida como la transformación cristiana del mundo, más eficaz será la *diástole*.

En *sístole* la Iglesia ve su misión de ser luz del mundo (Mt 5,14) mientras que en *diástole*, manda sus rayos de luz al mundo que es “ajeno” a ella. P. Balthasar hace notar aquí que la función *sistólica* corresponde primordialmente a los estados de elección, mientras que el estado laical tiene un rol secundario. En *diástole*, el rol principal se comparte entre el estado religioso y el laical. El estado sacerdotal con un papel secundario.

En lo que resta del capítulo, en tres puntos: en el primero se desarrolla de qué manera participan los tres estados en el movimiento *sistólico*, en el segundo punto se desarrolla el movimiento *diastólico*. Finalmente, el tercer punto es un epílogo donde nuestro autor subraya que el destino de la Iglesia, en cualquiera de sus estados, sigue al destino de Jesús en la tierra.

1. Ellos están en el mundo, pero son llamados fuera del mundo, para ser testigos de Cristo y completar con él su movimiento del Padre al mundo. No obstante, el gran mandato misionero del Evangelio, el mismo Nuevo Testamento hace sonar la alarma contra un falso compromiso con el mundo (Rom 12,2 y 2 Cor 6,14.17). Ellos deben estar totalmente disponibles para la misión de Dios en el mundo en su Hijo. Cuanto más pura es la trascendencia, la no-mundanía, de la naturaleza y mensaje de Cristo que brilla en la vida del mensajero, más profundamente este mensaje penetrará las estructuras del mundo natural. Antes de lanzarse a la acción apostólica la Iglesia, como desde los primeros tiempos, debe dejar llenarse contemplativamente con el misterio de Dios. No hay acción cristiana, si no hay un “sí” a la contemplación y a la participación en la Pasión de Jesucristo. La actividad mundana de los cristianos será infecunda si no se ha bebido antes de estos manantiales. Aquí, el P. Balthasar cita a Tomás de Aquino: “La vida contemplativa es anterior a la vida activa, porque su énfasis está en cosas que son previas y mejores; de ahí que mueve y dirige la vida activa”<sup>2</sup>. La fórmula ignaciana de “contemplativos en la acción” pone énfasis en el hecho de que la contemplación de la misión de Jesús se vuelve perfecta como contemplación, únicamente para aquél que participa en el logro de esa misión. La fórmula tomista permanece para advertir que el “aún más” de la acción no garantiza, e incluso pone en riesgo, el “aún más” de la contemplación. Hay que considerar que los efectos más profundos del acto no pueden ser medidos en términos seculares. Así, desde la óptica cristiana la acción más grande es el Sí de María a la encarnación del Verbo, y la acción más grande del Verbo Encarnado es la Pasión por la cual él destruyó el dominio del mundo. Esta analogía abraza a los estados de vida, principalmente al estado de los consejos que, como “vida contemplativa”, actúa principalmente de manera invisible, mientras que la vida contemplativa-activa (¡vida cristiana puramente activa no existe!) tiene efectos en el mundo que en alguna medida son visibles.

Toda acción cristiana es una acción de la Iglesia. Entender esto es central para todo el trabajo del estado evangélico, sea cual sea el carisma (San Benito, Basilio, el Carmelo). Y también es igualmente cierto para el estado sacerdotal, en virtud de su participación en el triple oficio de Cristo, tener primariamente la tarea de edificar interiormente su congregación (semejante a los religiosos con su comunidad). Cualquier misión sacerdotal fuera de los límites de su congregación recae principalmente en sacerdotes religiosos, consagrados no sacerdotes, junto con los laicos.

El resto de este punto 1, nuestro autor lo dedica, a los laicos, cuya tarea es demostrar de una manera visible y práctica en el cuerpo de la Iglesia, cómo los bienes espirituales y materiales de un mundo caído pueden ser colocados al servicio del amor cristiano, teniendo como marco los consejos evangélicos.

<sup>2</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica. Secunda secundae*, q. 182, art. 4.

La primera contribución de los laicos es liberar la riqueza de su relación antitética con Cristo (ej. Mt 6,24). Que el hombre vuelva al estado original en su relación con los bienes antes de la caída, descrito por el P. Balthasar en la primera parte de este libro, es imposible, de manera que hay que hacer de la riqueza un signo generoso de amor, como se describe ampliamente en las cartas de San Pablo (2 Cor 8,3-4.12, 2 Cor 9,13, Ef 4,12). Aquí citamos a Newman<sup>3</sup>.

La segunda contribución del laicado es la clarificación de la relación del eros y la sexualidad con el amor cristiano. Primero reconocer que la integración perfecta del orden sexual que había antes del pecado original ya no es posible (en la primera parte P. Balthasar describe extensamente la sexualidad prelapsariana). Existe sin embargo el matrimonio, “tened todos en gran honor al matrimonio y el lecho conyugal sea inmaculado” (Hb 13,4). “Aquellos que prohíben el matrimonio, son embaucadores que proclaman doctrinas del diablo” (1 Tim 4 1,3). Aquí también cabe mencionar la postura de Lutero sobre el matrimonio. Según él la única ley sobre el matrimonio es la de la concupiscencia, y no puede ser un sacramento por ser una realidad demasiado mundana. Nada más alejado del pensamiento bíblico y de la tradición cristiana. La unión de un hombre y una mujer en una sola carne, no sólo es un signo de la unión esponsal de Cristo con su Iglesia Esposa, sino también, por razón de su propia indisolubilidad, es un sacramento de amor divino y eclesial. Un matrimonio cristiano, subraya nuestro autor, vivido en santidad, hace que la Iglesia brille para todo el mundo.

Finalmente, la tercera contribución es que el cristiano laico puede incorporarse totalmente a la obediencia total de la Iglesia al Señor. (Entrega su libertad. *Suscipe*.) Alguien que obedece así, puede moverse libremente dentro de su obediencia y lograr incluso una libertad más plena. No siempre en esta obediencia está el Señor en el centro de la fe. Se puede dar un eclesiocentrismo, donde la pertenencia a un determinado movimiento eclesial tiene prioridad a la fe eclesial en Cristo<sup>4</sup>. Es común que en algunos de estos movimientos se prescriban para sus miembros ciertas prácticas: misa diaria, acudir a la confesión con determinada periodicidad, etc. Es pertinente en este sentido la advertencia de Adrienne de que la fe puede verse amenazada por la visita frecuente a la iglesia, cuando esa fe se siente demasiado segura de sí misma<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> “Debo decir esto: las comodidades de la vida son la causa principal de nuestra falta de amor a Dios. Hasta que no aprendamos a desprendernos de ellas, no vamos a superarlo. Una vida suave y fácil, un disfrute ininterrumpido de los bienes de la Providencia, comidas plenas succulentas, ropas finas y suaves, casa muy bien amueblada, los placeres de los sentidos, el sentimiento de seguridad, la conciencia de la riqueza, éstas y cosas semejantes, si no tenemos cuidado, ahogan todas las avenidas del alma, a través de la cual la luz y el aliento del cielo puede llegar a nosotros... Si intentamos forzarnos a tener un temperamento amante y devocional, sin esta preparación, es sencillo ver el resultado: vulgaridad, rudeza, afectación, altivez (disculpen mis hermanos lo que digo aquí, pero es en serio) en una palabra lo que la escritura llama hipocresía”, SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Parochial and plain sermons*, t. V, 23.

<sup>4</sup> Cuidado con el eclesiocentrismo: “desplazar a Jesucristo, del centro de la fe ha sido una tentación frecuente entre los creyentes” (RICARDO ALDANA VALENZUELA, «¿Eclesiocentrismo en nuestra comunidad católica?», en *Revista Proyección, Teología y mundo actual*, abril-junio 2017). Tendencia a absolutizar el movimiento al que pertenezco como el camino más auténtico para vivir la fe. Una excesiva identificación de la persona con su grupo eclesial (ir solo a misas de forma extraordinaria, leer solo libros con transmisión doctrinal más bien rígida. Esquemas antes que el Evangelio. “Nosotros tenemos nuestra Eucaristía, vosotros os contentáis con vuestra misa”. “Nosotros somos como los profesionales, los demás los llamamos amateurs”). Esta última cita no es del artículo sino algo que escuché de un miembro de estos grupos, NdA.

<sup>5</sup> “Practicar no es un criterio: los hombres no pueden llegar a un juicio sobre la intensidad de la fe de los demás. Sobre todo, no se puede hacer depender esa intensidad de las manifestaciones externas de piedad. No porque un cristiano acuda con muy poca frecuencia a los sacramentos se puede decir que se ha enfriado su fe. Puede haber cristianos que viven completamente de la fe, y sin embargo rara vez van a la iglesia, simplemente porque no saben mejor las cosas. Y por el contrario, con frecuencia la fe es amenazada por la visita frecuente a la iglesia, cuando esa fe se siente

Las contribuciones laicales consagradas por la Iglesia, es decir, la vida laical con la forma de los consejos evangélicos, son difíciles de conseguir y de perseverar, y de ahí las frecuentes y fuertes advertencias de la Escritura, entre las que destacan, por ejemplo, las palabras de Jesús sobre los ricos (Mc 10,23, St 5,1-4), el uso apropiado del matrimonio (1 Cor 7,1-16), el mal uso de la libertad (Gal 4,13). En estas tres áreas (los tres consejos) el laico debe ser amonestado para que supere su condición “dividida”, trascendiendo al orden secular caído y encuentre su verdadero sentido en Cristo.

2. En el punto dos se discute la *diástole*. Aquí nuestro autor señala que todas las grandes misiones de la Iglesia están directamente ordenadas al estado de los consejos. Es el estado de los consejos el que es propiamente la sal de la tierra. La fecundidad interior que acompaña las grandes misiones de la Iglesia, es igualmente efectiva, ya sea que sea invisible (Sta. Teresita) como visible (San Francisco Javier). Ninguna adaptación moderna a esta ley básica, bajo el pretexto de acercar el mundo a la Iglesia, puede abrogar esa ley. Cualquier intento de hacer esto, es usualmente un signo de que uno está avergonzado del Evangelio (Rom 1,16).

Únicamente cuando se ha dicho esto, es posible hablar entonces de cooperación entre el estado de los consejos, los sacerdotes y los laicos. Hay grandes problemas en el orden social y económico, de los que la Iglesia no puede sustraerse; sin embargo, los estados de elección tendrán la tarea principal de formar las conciencias de los laicos, y se guardaran de darle crédito solo a análisis sociológicos, que pueden servir para hacer cambios prácticos, pero que deben dejarse a personas competentes en estos campos. Se habla aquí del amateurismo de las personas que pertenecen a los estados de elección, que por lo general no tienen la competencia ni la experiencia de resolver los graves problemas intramundanos. Ahora la Iglesia reconoce que la genuina unidad se encuentra únicamente en la separación genuina de las competencias de los distintos estados de vida, y que por tanto la actitud de los estados de elección hacia los laicos debe ser la de confianza, pero el laico no debe exigir fáciles respuestas o “recetas de cocina” por parte de la Iglesia. El laico está llamado a ser competente y maduro. Aquí Newman otra vez<sup>6</sup>.

Citamos textualmente a P. Balthasar en este sentido: “Si en genuina contemplación y bajo el liderazgo de los estados de elección, los laicos se adaptan al espíritu de la Iglesia, y así son capaces de transmitir los frutos de su contemplación a su trabajo, el tutelaje clerical se podría volver superfluo”. Sin embargo P. Balthasar nos invita a que no veamos al estado laical aislado, sino siempre en relación al otro estado evangélico de donde se inspiran. Esto se ve bien en grandes figuras laicales modernas (por ejemplo, San Ricardo Pampuri y su trato con el mundo médico y de los enfermos, José Moscati apoyado en los jesuitas, Bernanos en los dominicos, Madeleine Delbrêl también en los dominicos). Por otro lado, aquí surge también una iniciativa en la Iglesia de vivir radicalmente la vida consagrada en el mundo: los institutos seculares. El experimento de los sacerdotes obreros no resultó, porque finalmente el sacerdote tiene otra misión eclesial, aunque probablemente se pueda decir que fue un antecesor de éstos. También hay que decir que algunos sacerdotes obreros fueron grandes testigos de la fe. Para Balthasar una exponente ejemplar de ser consagrada en el mundo fue Madeleine Delbrêl. Aunque trabaje en el mundo dentro de las

---

demasiado segura de sí misma”, ADRIENNE VON SPEYR, *Johannes II*, Johannes Verlag Einsiedeln, Friburgo, 1949, 351. Citado en la antología *Kostet und seht*, n. 118.

<sup>6</sup> “Quiero un laicado no arrogante, no rudo en el habla ni conflictivo, que conozca su fe, que profundicen en ella, que sepan cuál es su posición respecto de ella, que sepan a lo que se adhieren y a lo que no se adhieren, que sepan su credo tan bien, que sepan dar cuentas de él, y que sepan suficiente historia que la puedan defender. Quiero un laicado inteligente y bien instruido... Siempre cuidando un vivo sentido de Dios”, SAN JOHN HENRY NEWMAN, *The Present Position of Catholics in England*, ed. D. O’Connell, S.J., America Press, Nueva York, 1942, 299-300. Qué diferencia con Mons. George Talbot, que decía que el papel de los laicos era “to hunt, to shoot and to entertain!”

profesiones seculares, vive en la forma de los consejos evangélicos, con la misma radicalidad que otras formas de vida consagrada.

Para terminar este punto el P. Balthasar señala que el vínculo que une el estado de los consejos y el estado laical es la virginidad, tanto semilla, como modo de vida. La característica fundamental es que la disponibilidad completa debe ser siempre un requisito, como una forma concreta, de lo que la Iglesia nunca cesa de considerar como la disposición fundamental de todos los fieles. Que en esta forma de vida surgen tensiones, lo reconoce nuestro autor, pero si se vive en un genuino *sequela Christi* estos cristianos pueden dar un gran fruto. Aquí también es oportuno lo que afirma con humor el P. Balthasar referente a la relación necesaria que debe existir entre los estados de vida<sup>7</sup>.

3. Finalmente en este tercer y último punto, el teólogo suizo vuelve a recordarnos que la Iglesia procede de Cristo, y va al mundo, sin completamente llegar a él. La resistencia del mundo siempre será fuerte, oponiendo su libertad “iluminada” a la libertad en Cristo. El destino de Jesús (“vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron”), debe ser siempre el destino de la Iglesia (Jn 1,11). Si ellos me han perseguido, a ustedes también los van a perseguir (Jn 15,20). Sin embargo, el cristiano tendrá siempre presente que en el “fracaso” de la Cruz, Cristo fue victorioso. Así la Iglesia recordará que su fecundidad no depende de éxitos mundanos y que así es el alma del mundo (P. Balthasar cita la carta a Diogneto). Chesterton dice que hay que amar al mundo, pero sin confiar en él. O hay que amar al mundo sin ser mundano<sup>8</sup>. Así el mundo, aunque no sufre daño de los cristianos, los odia. El alma ama al cuerpo que odia y sus miembros también, de esa manera aman al que los odia. Únicamente por medio de la ley del amor cristiano, el orden político, social y económico puede ser regulado. Cuanto más profundamente se viva la superior ley formativa de la Iglesia, el mundo se esforzará más, para superar este poder formativo y vaciar su contenido, hasta dejar a la Iglesia, como una concha vacía, como una institución, un *establishment*. Por el bien de la misión de la Iglesia, los estados de vida eclesiales no tienen otro recurso que distinguirse cada vez más conscientemente del mundo, mediante un movimiento decisivo hacia Él, quien, como fuente y cabeza de la Iglesia, es al mismo tiempo, el principio y el fin, el alfa y el omega de toda la creación.

---

<sup>7</sup> “El matrimonio y el celibato son los dos estados de vida en la Iglesia. No debemos hacer de éstos categorías, confusas y borrosas, e intentar configurar una tercera posibilidad entre ellas, como la idea de un ‘claustro en el mundo’. Más bien, debemos tratar de reflejar algo de la virginidad dentro del matrimonio: esto es, la virginidad como la cualidad de estar libre para Dios, dentro de la red de lazos humanos. De manera recíproca, debemos también buscar, reflejar algo del matrimonio dentro del celibato: en este medio de estar libre para Dios, lejos de darnos un placer escurridizo, pensando ‘de la que nos hemos librado con esta *cruz del matrimonio*’, no debemos tratar de sacudirnos de nuestros hombros el yugo saludable aunque sea pesado de la fidelidad y los lazos humanos”, HANS URS VON BALTHASAR, *The Grain of Wheat. Aphorisms*, Ignatius Press, 1995, 124.

<sup>8</sup> “Uno tiene que encontrar la manera, de amar al mundo sin confiar en él. De alguna forma uno debe amar al mundo, sin ser mundano”, G. K. CHESTERTON, «The flag of the world», en *Orthodoxy*, Thomas Nelson Publishers 2000, 235.

## REFERENCIAS

1. Hans Urs von Balthasar, *The Christian State of Life*, Ignatius Press, 1983, 345-364.
2. Henri de Lubac, *Brief catechesis on Nature and Grace*, Ignatius Press. (Edición en español de la Fundación Maior)
3. John Henry Newman, *Parochial and Plain Sermons*, t. VI, 141.
4. Ricardo Aldana Valenzuela, «¿Eclesiocentrismo en nuestra comunidad católica?», en Revista *Proyección, Teología y mundo actual*, abril-junio 2017.
5. John Henry Newman, *Certain difficulties felt by anglican in catholic teaching*.
6. Hans Urs Von Balthasar, *The Grain of Wheat. Aphorisms*, Ignatius Press, 1995, 124.
7. G. K. Chesterton, «The flag of the world», en *Orthodoxy*, Thomas Nelson Publishers 2000, 235.